

# *Políticas de venganza y exterminio*

Santos Juliá

*Babelia, El País*, 24 de febrero de 2001

Julián Casanova, *La Iglesia de Franco*, Temas de Hoy, Barcelona, 2001, 323 págs.

Los años treinta presenciaron en España sucesos que parecían llegados de otro tiempo: la Iglesia católica sufrió la peor hecatombe de su historia y fue parte principal de lo que Manuel Azaña llamó políticas de venganza y exterminio. No importa saber qué fue antes, si la iconoclastia y la clerofobia de unos o la clerical saña vengadora de otros. La simultaneidad casi instantánea de las políticas de exterminio en la zona bajo control de los militares rebeldes y en la leal a la República vuelve fútil cualquier pretensión de señalar con el dedo quién fue el primero. Ciertamente, en julio de 1936 sin rebelión militar no hubiera sido posible una revolución; pero en octubre de 1934 hubo una revolución sin previa rebelión militar y abundaron también los fenómenos de clerofobia e iconoclastia, como ya había ocurrido en 1909 o, un siglo antes, en 1834.

El lenguaje que acompañó a las muertes administradas o sufridas por la Iglesia, el discurso sagrado de la guerra, las ceremonias político-religiosas y la sacralización de la persona de Franco han sido objeto de sólidas investigaciones que constituyen la materia de la que Casanova extrae sus informaciones. Pastorales y correspondencia de decenas de obispos, funerales como el de Onésimo Redondo en la catedral de Valladolid, desagravios por las bombas sobre el Pilar y por el fusilamiento del Sagrado Corazón, reposición de los crucifijos en las escuelas, ofrenda al Santo Cristo de Lepanto de la espada del Caudillo en Santa Bárbara, discursos y prácticas de la depuración: todo lo que sobre estas cuestiones cuenta este libro ha sido narrado previamente, con similares palabras aunque con otra densidad interpretativa, por Alfonso Álvarez Bolado, Giuliana di Febo o Michael Richards, de quienes Casanova toma para su propósito mucho más de lo que expresamente reconoce.

El serio esfuerzo realizado por estos y otros autores por documentar la estrategias de la Iglesia, interpretar su mundo simbólico, sus rituales y creencias, es sustituido aquí por un relato, algo apresurado y muy reiterativo, que nos informa profusamente de la irritación que al autor le produce la conducta de los clérigos en pie de guerra, pero que carece de toda intención interpretativa más allá de presentar lo católico como punto de convergencia de los dispares intereses de la coalición reaccionaria. Que la Iglesia

legitimó la rebelión militar y apoyó su política exterminadora es la reiterada conclusión de los primeros y últimos capítulos de este libro; pero esa tesis es una evidencia que se desprende de textos bien conocidos de sus obispos: no había más que citarlos para llegar a la misma conclusión.

Establecido el papel legitimador de la Iglesia, Casanova dedica la parte central de esta historia a narrar casos particularmente dramáticos de persecución y represión. Vuelve a desfilar ante nuestra mirada una serie de hechos terroríficos en los que la Iglesia -entendida siempre de forma restrictiva como clero- aparece primero como verdugo, luego como víctima para terminar como vengativa triunfadora. Bebiendo de anteriores investigaciones sobre la represión en ámbitos locales o regionales, con el añadido de las memorias inéditas de un religioso horrorizado por el papel que le tocó desempeñar en este drama, Casanova presenta un cuadro impresionante de muerte y desolación que va de Huelva a Guipúzcoa, de Badajoz a Barcelona, de Orense a Zaragoza.

Fueron tantas decenas de miles los muertos, tan aterradoras las circunstancias, que para resaltar el horror no había necesidad de una retórica que presenta a los clérigos "engullendo rápidamente y sin mascar los miles y miles de cadáveres que las 'sacas' y los 'paseos' dejaron abandonados en dehesas...". Al cabo, la delación, el saqueo y requisas de bienes, las palizas y humillaciones, las sacas y paseos, el fusilamiento de mujeres embarazadas, la administración de sacramentos a condenados a muerte, toda la maquinaria de terror y violencia que acompañó la instauración del nuevo Estado fue más horrible de lo que pueda transmitir cualquier morboso énfasis en las palabras. Una narración más sobria y contenida, que hubiera evitado la insistencia en lo evidente y el abuso de sarcasmos, habría sido más eficaz y, sobre todo, habría acercado esta síntesis a lo que constituye el oficio propio del historiador: conocer e interpretar los hechos del pasado más que mostrar a cada paso el desprecio que se siente hacia sus autores.